

JOSEP MIRACLE

3

JOSEP MIRACLE NOS HABLA DE POMPEU FABRA

*Destino*, 24 de febrer de 1968

En una edició de la revista en homenaje a Pompeu Fabra no podía faltar el testimonio de su discípulo ayer y próximamente su máximo biógrafo: Josep Miracle. Desde hace años, en efecto, viene estudiando la vida y la obra del maestro, trabajo que es de esperar verá la luz en este año del centenario. ¿Es así?

—Sí, y por partida doble; como sea que la biografía propiamente dicha y por causa de su volumen tendrá que aparecer con alguna posterioridad a la fecha del centenario, contando con el beneplácito del editor, Delos Aymá, acepté el encargo de redactar una síntesis biográfica para los «Quaderns de Cultura» de Bruguera, y ésta sí estará presente el día del centenario, que será el 20 de febrero.

—¿Cuántos años ha invertido en lo que usted llama «la biografía propiamente dicha»?

—Si hay que contar desde que el maestro me autorizó a biografíarle, tendré que decir desde últimos de 1930. Ya le contaré. En el rato de descanso que nos tomábamos durante la corrección del *Diccionari general de la llengua catalana* decía él tantas cosas de interés en sus amenísimas charlas, que me decidí a tomar apuntes de nuestras conversaciones. De aquí nació la idea de la biografía, e incluso mi principal orientación literaria. Luego me avergoncé de tomar notas a hurtadillas, y le pedí autorización. Fabra no esperaba aquella pretensión mía. «Mi vida no tiene nada de particular», dijo. Al fin me autorizó. A partir de aquel momento, nuestras pláticas tuvieron otro carácter, otro escenario y otra extensión. Nos dábamos cita principalmente en el Ateneo. Después, las calamidades de la política impusieron un final imprevisto. Le aseguro que biografíar a Pompeu Fabra no me ha sido nada fácil.

—Pero Verdaguer, Guimerá...

—Verdaguer y Guimerá tenían cada cual su problema personal íntimo, cuyo estudio abordé y cuya solución tardó en llegar. Pompeu Fabra no tenía problema íntimo a dilucidar; por otra parte, Fabra no fue explorador, ni militar, ni misionero, ni político, ni aventurero, cuya vida da siempre la idea de ser más

o menos accidentada. Aquello tan socorrido de que los hombres honrados no tienen biografía, en el caso de Pompeu Fabra tiene indiscutible aplicación.

[...]

—Su visión de Pompeu Fabra hombre, por favor.

—Respondo en primer lugar como biógrafo: extraordinariamente difícil de tan perfectamente normal. Pompeu Fabra no se abrió jamás a la curiosidad de cuantos deseaban entrar en su vida. Respondía por lo que se le preguntaba, sin más palabras que las necesarias a la respuesta, sin advertir por su parte que, por ejemplo, entre la última y la penúltima cabía otra pregunta cuya contestación podía ser la clave para la mejor comprensión de los hechos. Mis comienzos fueron muy áridos, y de resultados tan inconexos como desconcertantes. Pero en cuanto supe de su vida familiar, y cuando estuve ya muy documentado acerca de sus primeras luchas, nuestras conversaciones no tenían nada de despreciable; sólo refiriéndole los últimos datos obtenidos, el maestro me proporcionaba todas aquellas informaciones complementarias que antes había omitido indicar. Y, sobre todo, conseguí del maestro algo muy importante: la confirmación de muchos datos o la rectificación de algunos. En este punto, debo indicar que Pompeu Fabra era un hombre sumamente escrupuloso y que las inexactitudes le molestaban. De ahí que cuando nos reuníamos, nuestra primera tarea fuese la lectura de la charla anterior con el fin de evitar cualquier torcida interpretación que yo hubiese podido dar a sus palabras.

En segundo lugar, al decir aquello de que Fabra era extraordinariamente difícil de tan perfectamente normal, pensaba también en su modo de ser en lo simplemente humano. Jamás dio la sensación de saberse el hombre más importante de Cataluña. Debo añadir que jamás pude descubrir en él el menor atisbo que me indujera a sospechar que su notoria modestia pudiese ser el disfraz de una vanidad oculta. Fabra daba a su obra la importancia que el albañil da a la suya —y valga el ejemplo para todos los artesanos—; el albañil sabe que sabe su oficio, y no por ello se pavonea. Pompeu Fabra sabía que sabía, y no ignoraba la trascendencia de su obra; pero no le daba mayor importancia, como el albañil del ejemplo. Siendo quien era, y sabiendo lo que representaba, no le importaba ser uno más en una vulgar *costellada* dominguera con un grupo de discípulos, ni dejaba de sentarse en la silla vacante si se le invitaba a una partida de mus, de manilla o de *truc-i-flor*, ni dejaba de manifestarse en cualquier ocasión y en cualquier momento del mismo modo que en tal caso se manifestaría el más anónimo de los ciudadanos. He visto en mi vida una enormidad de figurones que

JOSEP MIRACLE

van por estos mundos de Dios abultando el pecho, y mirando de soslayo a los míseros mortales que se cruzan en su camino. Estos me recuerdan muy mucho a Pompeu Fabra; en primer lugar, por ser exactamente sus antípodas; y en segundo, porque en más de una ocasión pude observar en él la enorme capacidad de ironía que tenía almacenada para ridiculizar a los pedantes. A este respecto, sólo puedo decirle que junto a Pompeu Fabra aprendí a distinguir la verdadera de la falsa modestia. Y si me permite...

—Adelante, adelante.

—Pues le diré que aunque estas últimas frases parezcan más propias de un ditirambo o de un panegírico que de una visión objetiva, nada tienen de ditirámico ni de panegírico. Estas frases cobran mucho más relieve cuando uno se enfrenta a los aspectos digamos menos plácidos de la vida de Pompeu Fabra. Porque es ahí donde eso de ser tan «perfectamente normal» resulta lo de ser exactamente pura excepción. Me estoy refiriendo a la entereza en el sentido recto del vocablo. Pompeu Fabra la tenía en grado sumo, sin darles un ápice de exceso en su valor, pero también sin menoscabarla en lo más mínimo. Manifestación de esta entereza —equilibrio, ponderación— era, por ejemplo, su carácter flemático, aparentemente frío, tan inaccesible a los arrebatos de cólera como a los de entusiasmo. Fue esta su entereza lo que le permitió pasar sin quemarse por el ardiente zarzal de L'Avenç, con el descomunal vocerío anárquico-modernista, con toda su tremenda iconoclastia y, claro está, con el soberbio empuje de sus creaciones literarias y artísticas. Fue asimismo esta su entereza lo que acorazó a Pompeu Fabra contra las furibundas andanadas de los antinormistas, cada vez más desesperados porque Fabra se abstuvo deliberadamente de conocer en su realidad el cúmulo de falsedades y vilipendios que aquellos entregaban a las prensas. Y fue esta su entereza, en fin, la razón por la que estuvo siempre en su puesto a la hora de defender las causas justas, sin desertar ante las posibilidades de una derrota, y también sin cálculo previo para gozar de prebendas o beneficios a la primera sonrisa de la victoria.

»Pompeu Fabra no era de estos últimos hombres. Y esto para mí tiene una importancia extraordinaria, no ya por la singularidad del modo de ser, sino por la ejemplaridad de una de estas vidas que hemos venido en considerar no aptas al quehacer biológico. En este aspecto, cabe decir que Pompeu Fabra fue tal cual fue su mismo padre. Cuando en sus últimos años el maestro aseguraba que la vida de su padre prefiguraba la suya propia, Pompeu Fabra decía una verdad como un templo. Fabra veneraba a su padre exactamente por las mismas razo-

nes de admirar en él su gran entereza. Y aducía ejemplos. Tal el famoso episodio que casi le costó la vida. Proclamado alcalde de Gracia en 1868 en atención a su probado republicanismo, Josep Fabra i Roca no fue el supuesto “alcalde republicano” de Gracia, sino el alcalde de todos los gracienses; sin distingos. De ahí que no tolerara ninguna acción hostil contra una familia carlista, y en consecuencia se viera encarcelado en un viejo pontón anclado en el muelle barcelonés. Aunque por otras causas, algo similar le ocurrió a su hijo. En sus mocedades, el hecho de defender briosamente la dignidad de la Universidad de Barcelona le valió a Pompeu Fabra pasar por un Consejo de Disciplina en el que fue condenado.

»Me he referido a estas circunstancias, no por el gusto de hablar de ellas y descubrirlas a cuantos las ignoran, sino por aquella ejemplaridad a que antes me he referido. En ambos casos, no fue Pompeu Fabra uno de los que enrojecieron de cólera, dispuestos a quemar todos los combustibles para demostrar que la razón estaba de su parte y también ellos sentían aquella “santa cólera” que tan bien sentaba a los personajes bíblicos; en ambos casos, tampoco fue uno de los que palidecieron, presa de temor, temblorosos ante la proximidad de un castigo. En aquella su primera experiencia, Pompeu Fabra, el estudiante cabecilla, fue a sentarse ante el tribunal que debía juzgarle sin envalentonarse ni descomponerse, con aquella sonrisita cargada de ironía que le era habitual cuando juzgaba el proceder de jueces o autoridades que estaban por debajo de la dignidad que requería su cargo.

»Eterno defensor de las causas justas, y sólo asistido por la justicia de ellas, la vida de Pompeu Fabra está enteramente significada por acciones simples o graves, cumplidas sin pestañear todas por un igual, sin dramatismos ni espavientos, sin pavoneos en lo científico, sin alardes en lo político. La época, las circunstancias de la época dieron a la persona de Pompeu Fabra un significado político al que jamás aspiró. Aceptó la honrosa pero molesta carga. Y por ello, cuando se manifestaron en toda su realidad los horrores de la Guerra Civil, mientras acobardados y pusilánimes buscaban el posible logro de unas facilidades para pasar la frontera so pretexto de fantásticas e irrenunciables misiones culturales, Fabra se abstuvo de dar un solo paso para aislarse de la tragedia que asolaba a Cataluña. Y yendo y viniendo de Badalona donde estaba su domicilio hasta Barcelona donde estaban sus trabajos, Pompeu Fabra, bajo las penalidades, continuó cumpliendo sus deberes en las Oficinas Lexicográficas del Institut y en la Universidad. Normalmente. Imperturbablemente. Con la simplicísima naturalidad del albañil que en lo alto del andamio está jugándose la vida sin darle la más mínima importancia.

[...].»